Capítulo 13: Otra Situación de Rehén, No

La gente siempre quiere saber cuál es lo más aterrador que me ha pasado viajando. No todas mis historias locas involucran citas o mujeres. Muchos percances ocurrieron en nuestros viajes de chicos al extranjero. Esas situaciones de rehén me recuerdan cuando mi amigo casi fue tomado de rehén en Cancún, México.

Empezó como un viaje bastante normal. Pasamos la mayor parte del tiempo disfrutando de la playa y paseando. Un día contratamos a un conductor para que nos llevara por ahí. Fue amable y se ofreció a organizar un paseo para ver las pirámides de Chichén Itzá. Pensamos que era una mejor opción que los grandes tours en grupo, que salían temprano en la mañana.

El tipo llegó a la hora acordada con una camioneta muy cuestionable. Recuerdo pensar: mmmm, no era lo que esperaba. Mis cinco amigos y yo nos miramos como diciendo: supongo que lo vamos a hacer. Nos subimos y empezamos el viaje de dos horas. Más o menos una hora después ocurrió algo inesperado: la camioneta se averió. No puedo decir que fue una gran sorpresa. El hecho de que aguantara una hora fue un pequeño milagro.

El conductor le dijo al único amigo nuestro que habla español que algo se había sobrecalentado y que teníamos que esperar. Todos seguíamos de buen humor, haciendo bromas y tomándolo a risa. Después de un rato, dio luz verde y continuamos. Repetimos este baile de arranca y para unas cuantas veces más antes de llegar, lo que convirtió un viaje de dos horas en casi tres. El ánimo seguía alto. Sabíamos que realmente no estaba en sus manos, y al final llegamos.

Mientras disfrutábamos de las pirámides, nos dijo que había pedido que alguien trajera otro vehículo y prometió que llegaría antes de que termináramos de recorrer. Disfrutamos explorando y, cuando fue la hora, volvimos al punto de encuentro. Miré y pensé: ajá, esta camioneta nueva es idéntica a la otra. ¿Gemelas? No era el caso. Era la misma camioneta. En ese punto, empezábamos a preocuparnos un poco.

El grupo se reunió en un círculo, mirando la camioneta cuestionable. ¿Deberíamos ir a hablar con los grandes grupos de turistas? Quizá podríamos subirnos a un bus y que nos llevaran de vuelta. Una avería en el camino de regreso sería sospechosa, ya que estaba atardeciendo y oscureciendo. Acordamos irnos con él, ya que ninguno de nosotros tenía el efectivo para pagarle el viaje de ida.

A los cinco minutos del viaje de regreso, la camioneta se averió otra vez. Fue casi cómico lo rápido que pasó. Todos nos miramos como diciendo: carajooooo, esto está mal. Seguimos con este arranca y para cada diez minutos más o menos. Para entonces ya era de noche. Cada parada brusca aumentaba la tensión dentro de la camioneta. Seis extranjeros varados al borde de la carretera en Cancún es una receta para el desastre.

En la tercera o cuarta salida, nos llevamos otra divertida sorpresa: una llanta pinchada. Solté una risa incómoda, como: claaaro, agreguemos esto a la lista de cosas que salen mal. Uno pensaría que tendría una llanta de repuesto, pero eso sería demasiado lógico. Se puso al teléfono y nos dijo que alguien vendría a recogernos.

Pasó como una hora, y entonces apareció un carro. Espera, es un carro, y somos seis hombres adultos más el conductor. ¿Cómo va a funcionar esto? Todavía no puedo entender lo que pasó después. Cuando llegó el carro, el conductor se bajó. Luego otra persona, y otra. La última fue una mujer con un bebé pequeño en brazos. Al parecer había mandado llamar a toda su familia. Me pareció hilarante que un hombre llevara a toda su familia al medio de la nada. No me preocupaban ellos. Era nosotros o ellos.

Ahora que teníamos transporte, estaba el problema de meternos todos en un carro de cuatro puertas. Se nos ocurrió una distribución de asientos que nos encajó adentro como en Tetris. Un amigo y yo tuvimos que sentarnos espalda con espalda sobre las piernas de otro amigo. Yo ni siquiera me subo en moto con otra persona en Río, así que imagina mi cara cuando propusieron esta idea. Emprendimos el último tramo a casa.

Cuando llegamos, yo estaba agotado. Les pedí a los chicos que se encargaran de pagarle al conductor y me fui a mi cuarto. El resto de la historia es lo que me contaron que pasó. En el camino a casa, habíamos acordado que no íbamos a pagar el precio completo. ¿Por qué deberíamos? Si esto hubiera sido en Estados Unidos, quizá nos habrían reembolsado. Pero no era Estados Unidos. El conductor exigió el monto total, que ninguno de nosotros tenía en efectivo. Entonces apareció un tercer carro cuando ya estábamos en casa. Era básicamente el cobrador, ahí para asegurarse de que el dinero se recaudara. Llevó a algunos de los chicos a un cajero automático, y se insinuó con fuerza que uno de nosotros, [S], se “quedaría” con el conductor mientras tanto.

Pagamos el monto completo. Un par de los chicos incluso fueron estafados en el cajero y les cobraron de más.

En realidad lamento haberme perdido ese altercado. Me dicen que el tercer carro tenía energía de gánster de película. Lo que es una locura de ese día es que, al parecer, hubo un tiroteo. Alguien en una moto acuática había disparado desde la playa. No lo sabíamos en ese momento, pero quizá nuestro conductor en realidad nos estaba cuidando.